



LUBY, Barry J. *The Uncertainties in Twentieth- and Twenty-First Century Analytic Thought: Miguel de Unamuno the Precursor*. Newark, Delaware: Juan de la Cuesta, 2008. 205 pp. ISBN 978-1-58871-140-3

El objetivo de este libro es demostrar que el pensamiento unamuniano es digno precursor del de los filósofos analíticos posteriores, incluso el de los del llamado positivismo lógico (neopositivismo). El estudio así puede verse como continuación de dos libros anteriores, *Miguel de Unamuno: The Rhetoric of Existence* (1967) de Allen Lacy y *Unamuno a la luz del empirismo lógico contemporáneo* (1969) del mismo Luby. El autor admite que constituye el pre-

sente libro una apuesta al día y ampliación de su primer trabajo. Su bibliografía respalda esta aseveración, pero creo que el autor es excesivamente modesto en su aserto. Este estudio es esencialmente un trabajo nuevo que se apoya en ciertos análisis de su libro anterior. Las perspectivas nuevas que forman el enfoque del presente estudio tienen que ver con las filosofías de pensadores como Alasdair MacIntyre, Richard Rorty, Robert Nozick, Hilary Putnam, John Searle, Willard Van Orman Quine y Ned Block, además del pensamiento filosófico de científicos como Roger Penrose, Stephen Hawking, David Gelerntner, Ann Foerst y otros. El estudio es importante, ya que representa el primer intento de conectar la filosofía unamuniana con la de este grupo anglosajón. Sin embargo esta importancia queda algo reducida en términos absolutos porque deja de considerar el pensamiento en parte análogo de grupos como los estructuralistas de varias escuelas y vitalistas españoles como Ortega, María Zambrano y Xavier Zubiri. Me atrevo a insistir en esto debido a la importancia del pensamiento científico y del análisis lingüístico post-wittgensteiniano en la obra de numerosos pensadores españoles del siglo xx.

El tomo de Luby se divide en seis capítulos: el estudio de la dicotomía mente-cuerpo, teoría del lenguaje, enfoques «prismáticos» sobre las «opacidades» de la realidad, epistemología y finalmente religión. Varios de estos enfoques reciben atención análoga en el primer libro del autor. Un sucinto resumen de estos seis capítulos aparece al final del libro pero no debe ser sustituto de la lectura de un texto que en muchos sitios es absorbente y estimulante. El primero

de los capítulos resulta el más iluminador y aplicable a géneros de Unamuno fuera del ensayo filosófico-religioso. Desafortunadamente, para verter el pensamiento de *Del sentimiento trágico de la vida* al inglés, Luby se avala de distintas traducciones, según las exigencias de su argumento. A veces, sin embargo, el pensamiento somático-espiritual de Unamuno, a pesar de la musculosa argumentación de Luby, todavía no parece ir en paralelo con el de los filósofos analíticos.

Debido a las dificultades inherentes al intento de comparar el pensamiento lingüístico de Unamuno con el de los analíticos y científicos de nuestros días, el segundo capítulo no es tan convincente como la discusión de la filosofía lingüística unamuniana en el estudio clásico de Lacy, que prescinde de los pensadores más recientes. Algunas de las generalizaciones más válidas sobre Unamuno y los pensadores analíticos modernos de segunda y tercera generación tal vez serían más eficaces si el autor se refiriera a *Amor y pedagogía* y *San Manuel Bueno, mártir* además de a *Del sentimiento trágico de la vida* y *Niebla* que cita Luby con exclusividad. Tanto aquí como en algunas otras secciones Luby habla con evasivas sobre lo que parece querer decir por faltarle citas unamunianas que podrían perfeccionar sus argumentos. En varios sitios de este capítulo y los siguientes se citan palabras de Chomsky, pero no hay ninguna obra de éste en la bibliografía. El tercer capítulo, el que versa sobre el pensamiento analítico nacido de la ciencia, es muy eficaz porque demuestra cuán seminal era el discurso científico de Unamuno.

El cuarto capítulo, basado en algunos comentarios de su libro anterior, compara el empleo y rechazo del lenguaje metafórico en Unamuno con las inconsistencias brotadas dentro del seno del positivismo lógico cuando sus adscritos debatían la validez de esta clase de lenguaje. Como demuestra Luby, este tipo de conflicto llega a la médula de la dialéctica unamuniana. Es una conclusión a la cual habían llegado también Álvarez Castro y Franz, sustituyendo la metáfora por la estética conflictiva y la poesía por la oposición entre el lenguaje oral y lenguaje escrito. El capítulo siguiente, dedicado a una comparación de la epistemología unamuniana con la de los pensadores analíticos recientes se puebla de palabras claudicantes como «probablemente», «en mi opinión», «creo» y «algo» que revelan lo difícil de emparejar las exploraciones de Unamuno con las especulaciones más sistemáticas por parte de los filósofos analíticos. Luby aquí parece forzar algunos de sus argumentos pero crea párrafos de gran mérito al señalar (ya lo había hecho en distintos ámbitos de su libro anterior) que varios de los neopositivistas originales (Russell, Carnap y Wittgenstein) eventualmente cambiaron sus ideas para que se conformaran con las que, sin que lo supieran ellos, había expuesto Unamuno. Al contrario, la parte del estudio dedicada al examen de la religión en Unamuno y en los filósofos analíticos es demasiado favorable a la religión por no presentar con toda la claridad y fuerza necesarias la hostilidad de los analíticos a la «validez» jameseana de las «experiencias personales» y por no subrayar con igual fuerza las objeciones a la misma clase de experiencias que

Unamuno frecuentemente evocaba muy a pesar suyo.

Luby comenta sin antecedentes y casi sin críticos –las excepciones son Ferrater Mora, Huertas-Jourda y M. Nozick– la relación Unamuno-analíticos. Es un hecho que hay antecedentes y que existen comentaristas que establecen claros nexos entre los conceptos de aquellos y las ideas analíticas de Unamuno. El biologismo detectable en ciertas analogías unamunianas refleja no solo el post-darwinismo general y la anticipación de la ciencia moderna sino también explicaciones schopenhaurianas de la evolución de los móviles humanos. Las antinomias espíritu-cuerpo y el atenuamiento unamuniano al lenguaje mencionados por Luby reflejan la manera de razonar de Harnack y Sabatier explicada por Orringer, cosa que no se acusa aquí. Otros comentaristas cuya perspicacia habría enriquecido partes del estudio son Marías, López-Morillas, París, Lacy, Malvido Miguel, Morrón Arroyo, Ribas, Collado, Cerezo Galán, LaRubia Prado y Evans. Esto no es porque digan que Unamuno es antecedente parcial de la filosofía analítica sino

porque descubren algunos de los mismos paralelos y áreas de conflicto al discutir la relación problemática entre Unamuno y otros pensadores, entre ellos Sanz y Giner, que no reciben atención alguna en el estudio de Luby. En mi opinión el autor también debería haber incluido aquí partes de su primer libro que repasan la influencia del positivismo de Unamuno.

Este libro pionero es único y tiene por esta razón una importancia axiomática. Su exposición es clara, su estructura es sintética y su actitud es sincera y decididamente antipedantesca. El autor quiere persuadir y provocar en lugar de impresionar. Los muchos errores que hay en el índice, algunos problemas de imprenta en las primeras páginas, una bibliografía demasiado limitada sobre la obra de Unamuno y una tendencia de citar a los comentaristas de los filósofos en vez de a los filósofos mismos constituyen imperfecciones que privan al lector del placer de apreciar una excursión importante por tierras vírgenes de la historia del pensamiento.

Thomas R. Franz